**ARTICULOsdfdsf**

Al ladrón del coche lo llevó un policía a casa. No podía el

circunspecto y compasivo agente de la autoridad imaginar que llevaba

a un empedernido delincuente cogido por el brazo, y no para impedir

que se escapara, como habría ocurrido en otra ocasión, sino,

simplemente, para que el pobre hombre no tropezara y se cayera. En

compensación, nos es muy fácil imaginar el susto de la mujer del

ladrón cuando, al abrir la puerta, se encontró ante ella con un policía

de uniforme que traía sujeto, o así le pareció, a un decaído prisionero,

a quien, a juzgar por la tristeza de la cara, debía de haberle ocurrido

algo peor que la detención. Por un instante, pensó la mujer que

habrían atrapado a su hombre en flagrante delito y que el policía

estaba allí para registrar la casa, idea ésta, por otra parte, y por

paradójico que parezca, bastante tranquilizadora, considerando que el

marido sólo robaba coches, objetos que, por su tamaño, no se pueden

ocultar bajo la cama. No duró mucho la duda, pues el policía dijo, Este

señor está ciego, encárguese de él, y la mujer, que debería sentirse

aliviada porque el agente venía al fin sólo de acompañante, percibió la

dimensión de la fatalidad que le entraba por la puerta cuando un

marido deshecho en lágrimas cayó en sus brazos diciendo lo que ya

sabemos.

La chica de las gafas oscuras también fue conducida a casa de

sus padres por un policía, pero lo picante de las circunstancias en que

la ceguera se manifestó, una mujer desnuda, gritando en un hotel,

alborotando a los clientes, mientras el hombre que estaba con ella

intentaba escabullirse embutiéndose trabajosamente los pantalones,

moderaba, en cierto modo, el dramatismo obvio de la situación. La

ciega, corrida de vergüenza, sentimiento en todo compatible, por

mucho que rezonguen los prudentes fingidos y los falsos virtuosos,

con los mercenarios ejercicios amatorios a que se dedicaba, tras los

gritos lacerantes que dio al comprender que la pérdida de visión no

era una nueva e imprevista consecuencia del placer, apenas se

atrevía a llorar y lamentarse cuando, con malos modos, vestida a toda

prisa, casi a empujones, la llevaron fuera del hotel. El policía, en tono

que sería sarcástico si no fuera simplemente grosero, quiso saber,

después de haberle preguntado dónde vivía, si tenía dinero para el

22

taxi, En estos casos, el Estado no paga, advirtió, procedimiento al

que, anotémoslo al margen, no se le puede negar cierta lógica, dado

que esas personas pertenecen al número de las que no pagan

impuestos sobre el rendimiento de sus inmorales réditos. Ella afirmó

con la cabeza, pero, estando ciega como estaba, pensó que quizá el

policía no había visto su gesto y murmuró, Sí, tengo, y para sí, añadió,

Y ojalá no lo tuviera, palabras que nos parecerán fuera de lugar, pero

que, si atendemos a las circunvoluciones del espíritu humano, donde

no existen caminos cortos y rectos, acaban, esas palabras, por

resultar absolutamente claras, lo que quiso decir es que había sido

castigada por su mal comportamiento, por su inmoralidad, en una

palabra. Le dijo a su madre que no iría a cenar, y ahora resulta que

iba a llegar muy a tiempo, antes incluso que el padre.